

EN LA BEATIFICACION DE CONTARDO FERRINI

(COMENTARIO A DOS DOCUMENTOS)

HEMOS conmemorado en estas páginas fechas jubilares, memorias de investigadores a los que la muerte llevó de entre nosotros; hemos festejado los triunfos merecidos de compañeros de trabajo, o hemos refrescado la memoria de los que nos precedieron, en la evocadora encrucijada del centenario. Hasta ahora no había surgido una coyuntura tan extraordinaria como la presente. Uno de nosotros, cuyas obras citamos y aún discutimos, CONTARDO FERRINI, ha recibido honores que sólo se atribuyen en la tierra a una reducidísima minoría de seres privilegiados, amados de Dios. El nombre de CONTARDO FERRINI queda desde ahora asociado al catálogo glorioso de los hombres que han realizado el ideal más perfecto de vida humana y divina. FERRINI ha sido declarado dichado de heroísmos; sabemos que su alma hermosa y triunfante habita luces inaccesibles. En la Basílica Vaticana, en ese corazón de la Cristiandad, al aparecer en la Gloria de Bernini la efigie de nuestro FERRINI, se han doblado millares de rodillas y de la intimidad de los corazones ha brotado una plegaria, con la certidumbre de que esa palabra silenciosa del alma era escuchada por él y que Dios la acogía con complacencia por ser hecha en el nombre del Beato CONTARDO FERRINI, el romanista de Milán, el que escaló seguro las cumbres de la santidad. El Romano Pontífice, el Sumo Sacerdote de la Iglesia Católica, ha venerado las reliquias de nuestro Beato; sus restos mortales no son pobres despojos derrotados y deshechos por la muerte; son santas reliquias, a cuyo contacto Dios ha querido que se obren cosas maravillosas.

Mis antiguos compañeros de redacción han querido que tomara yo la palabra por ellos para significar la honda emoción con la

que los redactores del ANUARIO hemos visto en los altares a uno de los nuestros, de los que han cultivado nuestros mismos estudios, cuyos escritos tal vez tenemos en nuestra mesa de trabajo. Me han creído, seguramente, más autorizado para acercarme a la santidad de FERRINI; por lo menos me considero más obligado. Pero mis palabras se van a salir de lo usual, como se ha salido la ocasión que las motiva. Y buscando la justeza, que es aquí exigencia, se van a ceñir como un comentario a dos textos memorables. Uno de ellos es texto o documento para los que no pudimos saborearle como palabra hablada; pero somos también destinatarios del mismo, pues fué una palabra, un discurso para juristas pronunciado por S. S. el Papa Pío XII el 5 de abril de 1947. El otro, las Letras apostólicas del 13 del mismo mes, por las que se autorizó el culto del nuevo Beato puede y debe tener para los juristas una resonancia especial, en cuanto nuestra formación nos capacita para apreciar en él matices especialmente significativos.

Tenemos en todo caso derecho a reivindicarle como nuestro; es el de los juristas y singularmente de los que nos hemos dejado captar por el atractivo de la historia de los sistemas jurídicos. Una vez más el estudio de lo justo se nos muestra como camino de justicia: cuando estudiaba FERRINI la obra de otro gran Santo y gran jurista San RAIMUNDO DE PEÑAFORT, Dios sabía que maestro y discípulo hermanaban en ciencia y en gracia.

I

En aquellas palabras paternales con las que recibió el Santo Padre al grupo de profesores y estudiosos que acudían a la Ciudad Eterna a celebrar la beatificación de CONTARDO FERRINI, como cuando encontramos a un viejo y casi olvidado amigo, sentimos, sin duda, renacer aquella primera impresión un poco asustada del aula universitaria o del primer libro de insólito aparato científico que caía en nuestras manos y en cuyas notas deletreábamos nombres desconocidos, que habían de acompañarnos luego inseparablemente en el curso de nuestros estudios: SAVIGNI, VOIGT, KARLOWA, KRÜGER, CONRAT, PAULY, WISOWA, WINSCHIED, DERNBURG; los Monumenta Germaniae Historica, la Zeitschrift der Savigny Stiftung... En una síntesis jugosa y primorosamente exacta

iba dibujando el Santo Padre el alborear de la Historia del Derecho, singularmente del Romano, en la que tan importante papel representó FERRINI, en contacto de íntima colaboración, sobre todo con PERNICE y con ZACARIA VON LINGENTHAL. El despertar del Romanticismo; las últimas reacciones del caduco iusnaturalismo con su cuarteado andamiaje racionalista y el cuajar robusto y ambicioso de la Escuela Histórica, aparecen en las palabras pontificias con precisa valoración y consecuencia. Y no era que la voz del magisterio seguro y paternal se alzara para orientarnos en la confusión doctrinal, que no siempre supimos captar en sustratos de pensar oscuro, que celaba aquel brotar magnífico de ideas y métodos. No hubiera sido pequeño el favor recibido. El que se nos hacía era aún mayor; era descorrernos el velo del misterio de una vida santa que se cruzó con la de aquellos hombres; uno de aquellos entusiastas y geniales obreros del renacer del romanismo llevaba en su inteligencia y en su corazón claridades de espíritu y heroísmos de caridad cristiana.

A veces hemos sentido la curiosidad de la vida del hombre, conocido tan sólo por sus escritos; hemos deseado saber qué alegrías o qué penas se cruzaban con su razonar impersonal. En la obra puramente artística parece que se refleja mejor el mundo afectivo del autor. Hay patetismos que han quedado, al parecer, abiertos a las generaciones por venir; el sentir de aquel hombre puede seguir encontrando simpatías y compasiones. En la obra puramente intelectual tenemos de antemano la convicción de que no vamos a encontrar nada de eso. Es más, al conocer al hombre sentimos que su vida marcha al lado de su pensar en paralelismo inexorablemente distanciado. Nuestra curiosidad por él se ha visto casi siempre defraudada.

Las palabras del Santo Padre nos han enseñado que en el caso de CONTARDO FERRINI no fué así y nos lo han enseñado para que lo tengamos en cuenta, para que sepamos que cada una de las páginas de sus libros lleva incorporada su alma; que puso en ella todo lo que tenía; porque sabía que su actividad científica podía y debía ser absorbente, porque así lo quería Dios. Y él no quería otra cosa que lo que Dios quisiese. Tan de Dios eran sus horas de oración, como las de cátedra, como las de su ardorosa y tensa labor investigadora. Su magisterio era apostolado, sin mezclarse con exhortaciones religiosas, tan apostolado como sus visitas a los po-

bres y enfermos. Tenía la gozosa persuasión de que eran igualmente piedad y caridad los esfuerzos que dedicaba a descifrar unas líneas semiborradas de algún manuscrito bizantino.

No andan divorciadas ni distanciadas; la agudeza de su pensamiento, el método y disciplina de su trabajo se compenetran armoniosamente con la reciedumbre de su voluntad, que le mantiene sin oscilaciones de pereza o desánimo. Lo mismo en la labor científica, que en su esfuerzo ascético de renunciamento y entrega a Dios y a los hermanos. Y ambas inteligencias y voluntad se expanden en una afectividad riquísima, sana, efusiva, virginal. El hombre completo que fué FERRINI se nos muestra en esta integración del sér, el pensar y el querer, en la que no caben desdoblamientos, penumbras o escondrijos; está lleno de luz del Cielo; esta luz, que es calor y energía, hace y consolida su perfecta unidad. Al conocerle así, el hombre que antes admirábamos se capta también lo que es mucho más nuestra amistad.

La intimidad de FERRINI no marcha al lado de su labor científica; el gozo del alumbramiento de la obra investigadora es de la misma ley sobrenatural que la delicadeza exquisita de su caridad, o que su renunciamento; la intimidad de FERRINI es síntesis luminosa de esfuerzo intelectual, claridad, limpieza y efusión que se lanzan victoriosas de la tierra al cielo.

Hubiera sido lo mismo si FERRINI se hubiera consagrado al estudio de la matemática o de la Biología; hubiera visto la ordenación divina en su vocación al estudio y a la enseñanza y la hubiera visto en el resplandor de la verdad creada, que es siempre reflejo de la Verdad Eterna; pero para nosotros tiene un sonido especial la palabra del Santo Padre que nos enseña que FERRINI encontraba siempre en el Derecho «con su historia y su desarrollo, no el objeto aislado de una investigación científica que se base en sí misma, sino más bien la aplicación de la Ley eterna, de la ley moral divina a la realidad de la vida humana».

Habíamos dicho muchas veces que el Derecho es para la vida; ahora vemos que aun su estudio histórico ha sido para la plenitud de la vida, para la vida eterna. Nos lo ha enseñado un hombre que así lo entendió y así lo consiguió, sabiendo penetrar y saborear la presencia de Dios en su Ley siempre santa, aunque la encontremos oscurecida por ganga de pasión humana; era éste el sentido divino que FERRINI encontraba en la Historia de los Derechos y lo que:

le hacía amar este estudio y entender sus peripecias como avances o retrocesos del reino de Dios, como historia siempre de hombres, que es lucha de almas que han de salvarse o perderse.

II

Hay un sistema jurídico en el que la Ley divina no es tan sólo fundamento y base de su fuerza de obligar, sino que aun sus mismos preceptos en proporción elevada han sido dictados por Dios mismo, que los ha comunicado a los hombres en el supremo don de la Revelación; los otros preceptos, que no son de Derecho divino positivo, o formulan auténticamente la Ley natural, o han sido dictados por la Sociedad instituída por Cristo para continuar su obra santificadora, la Iglesia. El Derecho de la Iglesia tendiendo a la santificación de las almas no deja por ello de ser un verdadero sistema jurídico, en el que el historiador del Derecho encuentra un dilatado campo que investigar, o sencillamente un objeto de útil y sabrosa consideración, principalmente al ir comprobando cómo se ajusta el Derecho a funciones tan excelsas, sin detrimento de esta elevada y sobrenatural espiritualidad, y a la par conservando normas y formas de multiseccular raigambre tradicional en los más diversos sistemas jurídicos. Las Letras apostólicas de 13 de abril de 1947 pueden ser para nosotros objeto de una especial atención desde este punto de vista.

A ellas se ha llegado, como es la práctica ya secular, recogida en diversos decretos y últimamente en el *Codex Iuris Canonici*, mediante un proceso contradictorio. El estudio de este proceso inspiró, como es sabido, la obra magnífica de Benedicto XIV *De Servorum Dei beatificatione et beatorum canonizatione*; su profunda erudición y fino sentido jurídico no necesitan ser encomiados. Su lectura abre al lector no habituado a estos estudios panoramas insospechados. Convendría repasarla un poco antes de leer las Letras apostólicas de 13 de abril.

En ella aprenderíamos cómo, aunque la existencia del Espíritu Santo al Romano Pontífice le ha de llevar a pronunciar en estas materias trascendentales, garantizando su infalibilidad, por lo menos en el acto definitivo de la canonización, ello no obstante no sólo no rehusa la información más completa y detallada, sino que

la requiere. Esta información se realiza en forma de un auténtico proceso, en el que se constituyen las partes, correspondiendo al Promotor de la justicia oponerse a los que, en solicitud de la beatificación o canonización, aportan pruebas a ello conducentes: se fija el *dubium*, a la manera característica, que conserva el proceso canónico, se discuten pruebas, a veces sobre muy complejos problemas históricos o técnicos, que requieren la intervención de peritos especialísimos, se revisa finalmente lo actuado en diversos grados de instancia.

Fijado hace ya tiempo en sus líneas fundamentales este singularísimo proceso, sólo por exigencias de exactitud que facilita y exige el progreso de la técnica, puede decirse que difiere del descrito en la obra de Benedicto XIV, ya que en él en determinado momento, se examinan hechos milagrosos, que con certidumbre se han de comprobar como tales y como atribuibles a la intercesión del siervo de Dios. Es el momento más extraordinario del proceso; se trata precisamente de comprobar algo tan insólito como la intervención de un poder extramundano, el de Dios, que obra fuera o contra las leyes naturales; pero la Iglesia actúa con la conciencia plena de que es a ella a quien compete estudiar las características del hecho y resolver si la intervención divina ha tenido lugar. Y en contradictorio, con objeciones y cautelas sin número se examina la prueba, a veces radiografías en las que aparece una pobre columna vertebral deshecha, seguidas de otras en las que se han restaurado los eslabones perdidos con historiales médicos, análisis, comprobaciones, seguridades del total y duradero restablecimiento del enfermo; siempre el examen frío, objetivo, con meticulosidad.

La vida y escritos del que está sometido a este proceso son examinados sin compasión; se requiere a cuantos sepan algo de él que lo declaren en el proceso. Los fiscales sutilizan el examen de la conducta y sus motivos, buscando lunares y tachas. Sabido es que han merecido el remoquete humorístico de fiscales del diablo.

Habrá sentido complacencia FERRINI desde la luz que habita al verse sometido a este proceso; para todos es lo mismo, pero él con su amorosa consagración a lo jurídico, con su ilusión lograda de santificarlo y santificarse en su estudio habrá intuído plenamente lo que nosotros atisbamos, esa santidad de la Ley de la Iglesia, que es ley de Dios, esta espiritualización del instrumento jurídico que comprueba en la tierra la obra de Dios en su alma. El sigue

dando gloria a Dios, sometido a estas formas procesales, de las que ha salido triunfante una verdad que es un don de consuelo para todos.

De los folios de estos autos singulares ha salido una breve biografía de FERRINI, llena de auténtica sencillez. Sus años infantiles, recogiendo amorosamente la semilla de piedad que sembraron sus padres en su alma privilegiada. sus primeros pasos en el estudio, en su patria y en Alemania; toda aquella generación de juristas historiadores le acoge con complacencia, los más insignes maestros le abren su más cordial amistad; él se entrega a ella sin reservas, sin distinguir de creencias religiosas o aun de ausencia de las mismas, aunque siempre con la esperanza generosa de ganarles para la verdad. Al tiempo participa en la angustia de la persecución que sufría la Iglesia en la turbonada del Kulturkampf y se reconforta con los ejemplos de heroísmo de los que resisten serenamente y sin jactancias al omnipotente Canciller de hierro.

Iglesias y bibliotecas berlinesas reparten sus horas plenas; en unas y otras encuentra a Dios: Foster, después obispo de Vratislaw, sabe apreciar lo que había en el alma de aquel joven que permanecía inmóvil arrodillado ante el Sagrario de la iglesia de Santa Eduwigis horas interminables; nunca le pudo olvidar. La juventud católica de Berlín que entonces apuntaba tuvo siempre en él un apoyo y una orientación, y todo sin detrimento de su laboriosa colaboración con VON LIGENTHAL, con su apresurado y al par sereno asimilarse el pensamiento alemán contemporáneo.

Luego sus años de docencia en su patria; Mesina, Módena, Pavía y Milán admiran al joven maestro exacto cumplidor de su deber, de enseñanza animada y sugestiva, encariñado con su labor y entregado a la formación de los escolares, sin reserva, sin dejarse desanimar por dificultades. Sus discípulos recuerdan aquella sonrisa llena de inteligente bondad; él distinguía a los menos afectos a la Iglesia, hasta el punto de llegar a preocuparse por esta preferencia que parecía imponérsele «quizá en un corazón duro a la voz de la fe, puede penetrar la del amor», había escrito él mismo por aquellos días; lo escrito quedó probado abundantemente; el Padre Gemelli pudo ser uno de aquellos rebeldes conquistados a la Fe, en aquellos días inquietos de Milán.

Mientras tanto, iba dando forma definitiva a su ingente producción científica a un ritmo agotador; toda ella se hubo de ter-

minar en brevísimo plazo, la muerte le llevó a los cuarenta y tres años. Al mismo tiempo va dejando la exquisitez de su alma en cartas y escritos religiosos que han sido, al publicarse, una verdadera revelación.

Su método de vida es disciplina religiosa, fecunda para la tierra y el cielo; la concienzuda preparación de sus lecciones, sus investigaciones, sus horas de oración, sus visitas a pobres y enfermos, su cátedra, todo tiene un sentido uniforme, que es ascesis y es efusión de su alma.

Alguien le pregunta officiosamente cuándo piensa contraer matrimonio: su sonrisa se hace más limpia y transparente, pero esta vez oculta un secreto: su amor en exclusividad es sólo para Dios; pero tiene anchuras su corazón para cultivar amistades que han de seguirle más allá de la muerte; en su vida se van cruzando hombres excepcionales: Aquiles Rati, luego Pío XI que había de presidir la apertura de su proceso de beatificación, el más tarde cardinal Mercati, Toniolo, Olivi, han conservado de él recuerdos imborrables; en una solemnidad que le dedicó la Universidad Gregoriana con motivo de su beatificación se dejaron oír palabras de GEMELLI, el estudiante de Pavía que asistía a su cátedra a reírse del profesor devoto y de ORLANDO, su antiguo compañero de claustro; en ellas resonaba la emoción de la antigua amistad que se prolongaba en la plegaria, iniciada en la Basílica Vaticana ante la efigie del amigo, del maestro.

La amistad de FERRINI se extendía también a los pequeños, a los labriegos de Suna, la aldea en que tomaba un breve descanso en vacaciones, a sus pobres de Milán, la gente de corazón sencillo. La naturaleza también atraía su atención amorosa, en la grandiosidad de las montañas, de las que fué tan diligente explorador como su gran amigo Aquiles Rati, o en el encanto pintoresco de los valles de la Italia del Norte; en todas partes encuentra la huella de lo divino, como la sabe captar en los restos de la antigüedad clásica y en el trato de los hombres, obra maestra de Dios. Llevó su atención hasta los pequeños problemas de la administración municipal de su ciudad natal, no rehusando el escaño para el que le eligieron en el consejo municipal de Milán; nada humano y viviente le fué extraño, en todo puso su corazón y su interés, en busca siempre de hacer el bien a su alrededor.

Los que pudieran parecer menos aptos para captar lo extraordi-

nario en esta vida de método y sencillez, aquellos campesinos de Suna, con quienes había tal vez conversado sobre el tiempo y las cosechas, sienten, sin embargo, en el momento de su muerte que aquel bondadoso profesor de la ciudad que había venido a buscar la salud a su aldea se ha salido del vivir trillado de los demás; ese instinto certero del pueblo cristiano les enseña que el cielo ha tomado una vez más contacto con la tierra, que el Señor ha obrado la maravilla de un vivir immaculado lleno de fe y amor, y acuden de todas las aldeas circundantes en avalancha incontenible a venerar los restos mortales del que empiezan a proclamar Santo y a pedir al Señor por su intercesión.

Y sigue el proceso recogiendo esa otra historia que empieza para el elegido del Señor cuando termina para los más encumbrados personajes de la tierra. Los que le han conocido siguen sintiendo su presencia, aún más íntima.

Ha empezado una vida nueva y gloriosa, atestiguada porque empieza a irrumpir en la historia del profesor milanés un nuevo elemento que sobrecoge: el milagro. Dos aparecen debidamente comprobados en el proceso: unas vértebras que brotan en una columna vertebral rota, como brotó la primera vida en el mundo, por la voz de Dios; este brotar está escrito en la escritura de hoy, en múltiples radiografías; un cráneo fracturado que se recompone y se suelda al invocar en ambos casos, perdida ya toda esperanza razonable, el nombre de FERRINI. El supremo poder, el que tiene en sus manos la vida y la muerte, crea o destruye, Dios, interviene manifiestamente para enseñarnos el misterio de la santidad, para que sepamos sin duda que El ha glorificado también, al que aquí en la tierra no tuvo otro cuidado que glorificarle a El.

Pero en las Letras apostólicas hay más: la autorización del culto público al Beato CONTARDO FERRINI.

Desde ellas, en los retablos de las iglesias empiezan a aparecer, junto a imágenes antiguas o modernas, al lado de los blancos pliegues de los mantos de las vírgenes, o de los báculos pastorales de los pontífices, o las palmas de los mártires, efigies de un hombre de nuestros días en traje civil o con toga doctoral: FERRINI, que ha escalado una nueva cátedra de santidad para el hombre de la Universidad y del Laboratorio.

En varias Diócesis de Italia, en el Oficio divino, en los coros de las Catedrales o los conventos, en las parroquias perdidas en la

campiña, se recitan en la fiesta del Beato CONTARDO FERRINI tres lecciones, en las que se compeñía su vida, tan emparentada con la nuestra; al terminar cada una de ellas el coro salmodia responsorios, fragmentos de textos evangélicos o de los viejos libros sapienciales. «Norabuena, siervo bueno y fiel, porque fuiste fiel en lo pequeño, te constituiré sobre cosas grandes; entra en el gozo de tu Señor. Señor, Tú me diste cinco talentos, yo he ganado aún otros cinco.» «El justo germinará como los lirios y florecerá eternamente ante el Señor; está plantado en la casa del Señor, en los atrios de la casa de nuestro Dios.» «Ese conoció la justicia y vió grandes maravillas, y rogó al Altísimo y se ha encontrado en el número de los Santos. Ese despreció la vida de este mundo y ha llegado a los reinos celestiales.»

En el canto festivo de la misa se eleva la plegaria del sacerdote al Señor pidiendo gracias para el pueblo cristiano por la intercesión de nuestro FERRINI y se queman granos de incienso que aureolan su imagen rodeada de amor y veneración por multitudes que se encomiendan a él.

Nosotros desde aquí podemos muy bien reproducir su bibliografía y tratar tal vez de completarla con algún trabajo que haya podido escaparse a la diligencia de sus compatriotas, podemos seguir citando sus obras y discutir sus opiniones... pero en esta fecha única sentimos ante todo la necesidad de doblar nuestras rodillas y unirnos a la oración del pueblo cristiano, aunque recabando un cierto privilegio. Tenemos en el Cielo a uno de los nuestros, que no dejará de recordar compañerismos, que él supo ungir de caridad divina y que no supo nunca olvidar.

† FR. JOSÉ LÓPEZ ORTIZ

Obispo de Tuy